

mos quejarnos de la debilidad de nuestras fuerzas ó del peso de las enfermedades, cuando vemos á un pobre soldado de pie en una brecha, casi extenuado de frío y de hambre, sin que pueda aliviar su frío más que el calor de la cólera, ó una fiebre ó un mosquetazo, y sin que pueda quitarle el hambre más que un sufrimiento mayor ó algún temor enorme? Ese hombre permanecerá en pie, con sus armas y sus heridas, *patiens luminis atque solis*, pálido y rendido, agobiado, y, sin embargo, vigilante. Por la noche le extraerán una bala de la carne ó cascós hundidos en sus huesos; alargará la boca violentamente hendida para que se la cosan: todo eso por un hombre á quien nunca ha visto, ó que jamás se ha fijado en él, por un hombre que le mandará á la horca si trata de huir de todas esas miserias (1).» He ahí la ventaja de la imaginación completa sobre la razón ordinaria.

Produce de golpe veinte ó treinta ideas y otras tantas imágenes, agotando el objeto que la otra no hace más que designar y desflorar. Hay un millar de circunstancias y de matices en cada acontecimiento, y todas esas particularidades se engloban en palabras vivas como éstas: «Yo he visto las gotillas de un manantial rezumar al través del fondo de un dique, y ablandar la pesada fábrica en términos de poder conservar la impresión del pie de un niño; se desdeñaba aquel manantialito, no se le hacía más caso que á las perlas depositadas por una mañana brumosa, hasta el momento en que se abrió camino y formó una corriente bastante poderosa para arrastrar las ruinas de su minado dique é invadir las huertas vecinas; pero entonces las gotas desdeñadas se habían hinchado

(1) *Holy dying*, sec. IV, cap. 3.

hasta el punto de convertirse en un río artificial y en una calamidad insoportable. Así son los comienzos del pecado; pueden hallar su barrera en una sincera oración del corazón, y su freno en la mirada de un hombre respetable ó en los consejos de un solo sermón; pero, cuando tales comienzos se descuidan..., tórnanse en úlceras y enfermedades pestilentes, destruyen el alma con su permanencia, mientras que en su principio hubieran podido matarse con la presión del dedo meñique.» Todos los extremos se juntan en esta imaginación. Los caballeros que le escuchan encuentran en él, como en Ford, Beaumont y Fletcher, la copia cruda de la más inmunda y brutal verdad, y la música ligera de los sueños más graciosos y aéreos; las hediondeces y los horrores médicos, y de pronto las frescuras y las alegrías de la más risueña mañana; el execrable detalle de la lepra, de sus manchas blancas, de su podredumbre interior, y esta seductora pintura de la alondra, despertada entre los primeros aromas de los campos. «Yo la he visto levantarse de su lecho de césped, y, emprendiendo el vuelo, subir cantando, tratar de escalar el cielo y remontarse sobre las nubes; pero el pobre pájaro luchaba con un soplo furioso de un viento del Este, y su vuelo se tornaba irregular é inconstante, abatido como se vela por cada nuevo embate de la tempestad, y no podía recuperar el camino perdido á pesar de todos sus balanceos y aletazos; de modo que, al fin, la avecilla no tuvo más remedio que posarse jadeando y aguardar á que pasase la tormenta; entonces rompió á volar fácilmente, y empezó á subir y á cantar: como si hubiese aprendido su música y su vuelo de uno de esos ángeles que á veces cruzan el aire para venir á ejercer su ministerio aquí abajo. Tal es la oración de un hombre de bien.» Y así conti-

núa, con la seducción y á veces con las propias expresiones de Shakspeare. En el predicador como en el poeta, como en todos los caballeros y artistas del tiempo, la imaginación es tan completa que desciende en la realidad hasta el fango y sube en lo ideal hasta el cielo.

¿Cómo el verdadero sentimiento religioso ha podido avenirse á proceder tan libres y mundanales? Se ha venido, sin embargo; más aún: á esos proceder debe su nacimiento; en Taylor, como en los demás, la poesía libre conduce á la fe profunda. Si hoy nos asombra esa alianza, es porque en este punto nos hemos hecho pedantes. Tomamos un hombre acompasado por un hombre religioso. Nos satisface verle muy tieso, con levita negra, corbata blanca, y un formulario en la mano. Ponemos la piedad en el decoro, en la corrección, en la regularidad permanente y perfecta. Vedamos á la fe todo lenguaje franco, todo gesto atrevido, toda vehemencia de acción ó de palabra; nos escandalizamos de las libertades de expresión de Lutero, de las carcajadas que agitan su gran bandullo, de sus cóleras de obrero, de sus desnudeces y de sus suciedades, de la audaz familiaridad con que maneja su Cristo y su Dios (1). No vemos que esas familiaridades y esos abandonos son precisamente los signos de la creencia

(1) «Cuando nació Jesucristo lloró y gritó como otro cualquier niño. María tuvo que cuidarle, amamantarle, darle de comer, limpiarle, tenerle en brazos, llevarle, acostarle, etc., como toda madre hace con su hijo. Luego debió obedecer á su familia... María le diría: «Jesusito, ¿dónde has estado? ¿No puedes estarte quieto?» Y cuando creciese ayudaría á José en su oficio de carpintero.» (*Tischreden.*)

Y en otra ocasión: «A lo que parece, tú te figuras que Cristo, borracho por haber bebido demasiado á la cena, aturdió á sus discípulos con superfluidades.»

esta -
 su adoración que profunde amor y
 al Redentor de la humanidad

plena, que la convicción ardiente é immoderada está demasiado segura de sí para imponerse un estilo intachable, que la religión espontánea no consiste en comedimientos, sino en emociones. Es un poema, el más grande de todos, un poema en que se cree; he ahí por qué aquellos hombres van á parar á ella con su poesía; á ella conduce la manera de considerar el mundo Shakspeare y todos los trágicos. Aquella enorme obscuridad, aquel negro mar inexplorado que vislumbran al término de nuestra triste vida, ¿quién sabe si no está circuido por otra ribera? La preocupación del tenebroso *allende* es nacional, y por eso el renacimiento nacional se hace cristiano. Cuando Taylor habla de la muerte, no hace más que continuar y acabar un pensamiento que ya Shakspeare bosquejaba (1). Todas las sucesiones de la duración, todos los cambios de la naturaleza, los miles de miles de accidentes de este mundo y todas las cosas que ocurren á cada hombre y á cada criatura nos predicán nuestro sermón fúnebre, y nos advierten que miremos y veamos cómo arroja paletadas de tierra el tiempo, ese viejo sepulturero, y cómo nos abre la fosa en que iremos á sepultar nuestras alegrías y nuestras penas y á depositar nuestros cuerpos como una semilla que germinará en el día magnífico ó intolerable de la eternidad.» Porque, amén de esa muerte postrera que nos abisma por completo, hay las muertes parciales que nos devoran trozo á trozo. «Somos muertos para todos los meses que hemos vivido ya, y nunca volveremos á vivirlos por segunda vez.» Y así vamos dejando tras nosotros, retazo á retazo, toda nuestra vida.

Primeramente la vida embotada y oscura que posee-

(1) *Holy dying*, cap. I, sec. I.

mos «cuando salimos del vientre de nuestra madre para sentir el calor del sol. Después dormimos y entramos en una especie de muerte, donde yacemos indiferentes á todas las mudanzas del universo..., tan indiferentes como si tapase nuestros ojos la arcilla húmeda que llora en las entrañas de la tierra. Al cabo de siete años caen los dientes y mueren antes que nosotros; es el prólogo de la tragedia; y á cada plazo de siete años puede apostarse que representaremos nuestra última escena. Poco á poco la naturaleza, el azar ó el vicio vienen á llevarse á pedazos nuestro cuerpo, debilitando una porción, relajando otra; de modo que saboreamos de antemano la tumba y las solemnidades de nuestros propios funerales viendo perecer primero los órganos que fueron ministros del vicio, después los que nos servían para el ornato; y al cabo de poco tiempo aún, los que no servían más que para nuestras necesidades quedan fuera de uso y se entorpecen como las ruedas de un reloj descompuesto. Cae el pelo; fúnebre señal que anuncia nuestro avance en la región y los dominios de la muerte. Después otros muchos signos: las canas, la destrucción de los dientes, los ojos turbios, el temblor de las articulaciones, la respiración corta, la rigidez de los miembros, las arrugas de la piel, la debilidad de la memoria, la disminución del apetito. Hasta el hambre y la sed de cada día claman porque reemplacemos esa porción de nuestra sustancia que la muerte ha devorado durante la larga noche, cuando yacíamos en su regazo y dormíamos en su vestíbulo. Así, cada comida nos salva de una muerte y prepara el pasto de otra. Más aún; mientras pensamos un pensamiento morimos, y tenemos menos que vivir á cada palabra que sale de nuestra boca.» Aparte de todas estas destrucciones, trabajan otras más contra

nosotros; el azar nos siega lo mismo que la naturaleza, y somos presa del accidente como de la necesidad. La naturaleza no nos da más que una cosecha cada año, pero la muerte recibe dos; el otoño y la primavera envían al osario multitud de hombres y de mujeres... ¡Cuántas madres en cinta se han regocijado de la fecundidad de sus entrañas y con el pensamiento de que iba á ser una fuente de bendiciones para una familia! Y de allí á poco la partera ha envuelto en el sudario sus cabezas y sus pies, y han salido para la sepultura. «La muerte reina en todos los momentos de nuestro año, y no podéis ir á ninguna parte sin pisar los huesos de un muerto.»

Así vibran esas solemnes palabras, sublimes como el motete de un órgano; ese universal abatimiento de las vanidades humanas tiene la grandeza fúnebre de una tragedia; la piedad nace aquí de la elocuencia, y el genio conduce á la fe. Todas las fuerzas y también todas las ternuras del alma entran en conmoción. No es un frío rigorista el que habla, sino un hombre, un hombre conmovido, que tiene sentido, que tiene corazón, que se hace cristiano, no por la mortificación, sino por la expansión de todo su ser. «Contemplad la viveza de la juventud, las bellas mejillas y los ojos brillantes de la infancia, la fuerza y la vigorosa flexibilidad de los miembros de veinticinco años, y poned en parangón la cara consumida, la palidez mortal, el horror de una sepultura de tres días. De igual modo yo he visto asomar una rosa por las rendijas de su capullo; era hermosa como la mañana y estaba bañada en rocío del cielo; pero cuando un soplo rudo expuso brutalmente á la luz su modestia virginal y dismanteló su retiro demasiado fresco y delicado, empezó á palidecer y á poco á declinar hacia el abatimiento y la ve-

vez enfermiza; inclinó la cabeza, se rompió su tallo, y por la noche, perdidas ya algunas de sus hojas, perdida toda su belleza, había descendido á la condición de las malas hierbas y de las caras ajadas. Tal es la suerte de todo hombre y de toda mujer: ser herencia de los gusanos y de las serpientes en la fría tierra inmundada, con tal cambio en nuestro aspecto que á poco no nos reconocerían nuestros amigos; y con tanto horror mezclado á ese cambio... que los que seis horas antes nos colmaban con sus caritativos ó interesados servicios, á duras penas pueden permanecer solos en la estancia donde yace el cuerpo despojado de la vida y de sus honores.»

El hombre que se embebe en este orden de ideas, como Hamlet en el cementerio, entre los cráneos que reconoce y bajo la opresión de la muerte que toca, no tiene que hacer ya más que un esfuerzo para ver surgir en su corazón un nuevo mundo. Busca el remedio de sus tristezas en la idea de la justicia eterna, y le implora con una amplitud de palabras que hace de la oración un himno en prosa tan bello como una obra de arte.*

«Dios eterno (1), padre omnipotente de los hombres y de los ángeles, cuyo cuidado y cuya providencia me conservan y guardan, me sostienen y asisten, humildemente te pido que me perdones los pecados y las locuras de este día, la flaqueza de mi servicio y la fuerza de mis pasiones, la temeridad de mis palabras, la vanidad y el mal de mis acciones. ¡Oh justo y amado Dios! ¡Cuánto tiempo aún vendré así á confesar mis pecados, á orar contra su seducción, y á recaer, no obstante, bajo su yugo! ¡Oh! ¡que no sea así en lo su-

(1) Golden grove.

* No es cierto, bajo la acción de estos sentimientos, como dice el más desafortunado de los filósofos, que el hombre se convierte en un ser del tipo de los animales y de los plantas.

cesivo, y que yo no vuelva jamás á las locuras que me humillan, que acarrearán el pesar, y la muerte, y tu disgusto, peor que la muerte! Concédeme el imperio sobre mis inclinaciones, y un odio completo al pecado, y un amor á ti superior á todos los deseos de este mundo. Dignate preservarme y defenderme esta noche de todo pecado, de toda violencia del azar, de la malicia de los espíritus de las tinieblas. Vela sobre mí durante mi sueño, y sea yo, dormido ó despierto, tu servidor. Sé el primero y el último en mis pensamientos y el guía y la asistencia continua de todas mis acciones. Preserva mi cuerpo, perdona el pecado de mi alma y santifica mi corazón. Que viva yo siempre santa, justa, juiciosamente; y, cuando muera, recibe mi alma en tus manos.»

V

Pero esa no era más que una semi reforma, y la religión oficial estaba demasiado ligada al mundo para que pudiese purificarle hasta el fondo; si reprimía los desbordamientos del vicio, no atacaba su fuente, y el paganismo del renacimiento, siguiendo su pendiente propia, conducía ya bajo Jacobo I á la corrupción, á la orgía, á la sensualidad provocativa y grosera (1), que más tarde, bajo la restauración, descubrió su

(1) Véase el teatro de Beaumont y Fletcher, los tipos de Bawder, Protalice y Brunehaut en *Thierry y Teodoro*. En *The custom of the country* varias escenas representan el interior de una casa de prostitución, cosa frecuente, por lo demás, en ese teatro (Massinger, Shakspeare). Pero aquí los pupilos de la casa son hombres. Véase también *Rule a vice and have a wife*.

Muy más descoronado con 17. el Renacimiento pagano con Jacobo I^o

¡Qué en la moral del Renacimiento!